

EL AMOR, CENTRO DE COMUNIÓN

PAULINO SAHELICES GONZÁLEZ, OSA

El amor, vínculo de unión de todos los valores y virtudes que adornan a los seguidores de Jesús, se encuentra ya en san Pablo: *“Como elegidos de Dios santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, humildad, mansedumbre, longanimidad; soportaos unos a otros y perdonaos recíprocamente, si alguno tuviere alguna queja contra otro. Como el Señor os perdonó, haced lo mismo vosotros. Pero por encima de todo eso, el amor, que es el vínculo de la perfección”* (Colosenses 3, 12-14).

El *“revestirse del amor”* aparece en el típico contexto *“hombre viejo”* – *“hombre nuevo”*. Por eso, no se refiere sólo a la práctica de las virtudes propias del cristiano, sino también al cambio que se efectúa en su interior. El seguidor de Jesús, *“revestido”* de amor, es un ser nuevo. Adquiere una nueva estructura, cuyo constitutivo principal es el amor, que a su vez es el centro que une las virtudes y acciones del cristiano y le convierte en *“el hombre del amor”*, y a todos los cristianos con Cristo convirtiéndolos en *“el Pueblo del amor”*. Por eso, cada uno y todos en comunidad debemos actuar *“como”* Cristo: con dulzura, comprensión, misericordia, alegría, etc.

En otros lugares, el apóstol habla de *“revestirse de Cristo”*; por ejemplo en la Carta a los Romanos 13, 14. Aquí, lo hace en un contexto de *“oscuridad”* – *“luz”*. El cristiano, *“revestido”* de Cristo, es luz, y su modo de actuar es por *“contagio”*, iluminando y dando calor. Como es luz, no tiene nada que ocultar y puede ser guía y punto de referencia y de comunión para los demás.

Este *“revestirse de Cristo”* fue el último *“requisito”* que impulsó a Agustín a dar el paso definitivo en el proceso de su conversión (*Confesiones* 8,12, 29). Por los comentarios que se encuentran en sus escritos, se puede percibir la unión de las dos expresiones y el hecho de que tanto Cristo como el amor constituyen el núcleo de la vida cristiana.

Vamos a detenernos, casi exclusivamente, en el *Tratado sobre la Primera Carta de San Juan*, porque es un auténtico tratado sobre el amor, digno de ser tenido en cuenta por la profundidad y por la actualidad. También se podía considerar como una exposición de la *“civilización”* y *“globalización”* del amor. Consta de diez sermones que san Agustín predicó al pueblo en la primera semana de Pascua, probablemente del año 407, una época de muchos acontecimientos importantes para la Iglesia y la sociedad. El objetivo próximo que se propone es: AVIVAR EL FUEGO DEL AMOR; una de las cosas que los cristianos más necesitamos en el mundo actual. Lo explica de un modo sencillo: en los que el amor está ya ardiendo, es como echar aceite en la lámpara; la llama se alimenta, se agranda y da más luz. En los que todavía no está ardiendo o se ha apagado, es como acercar el fuego a la leña; acercar a ellos nuestro amor para que se enciendan. También el objetivo último, que se propone el Obispo de Hipona, es de suma actualidad: que todos nos alegremos en el único amor (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan, prólogo*).

I. ANTIGÜEDAD Y ACTUALIDAD

En la vida, y menos en la vida de fe, lo nuevo no está reñido con lo antiguo. A san Agustín le gustaba hablar de la *“belleza siempre antigua y*

siempre nueva”, y del amor que, con el tiempo, adquieren más valor y solidez. ¿Qué cosa hay más antigua y más nueva que el amor, la belleza, la felicidad, Dios?

Es conveniente comenzar por un resumen de la Carta de san Juan, porque el comentario de san Agustín sigue la misma dirección. El apóstol parece responder a la siguiente situación: algunos, leyendo su evangelio, sacaban conclusiones erróneas, por ejemplo sobre Cristo, afirmando que tuvo un cuerpo aparente (herejía del docetismo). Otros lo interpretaban con demasiada liberalidad, como si en nombre del amor todo estuviera permitido (los gnósticos). Y por si esto fuera poco, abundaban también los falsos profetas (*1 Juan 4, 1*). La carta revela, pues, una situación de crisis en la comunidad.

A todos esos malos entendidos, san Juan trata de responder estableciendo un principio, que es el centro de la carta: verdadero cristiano es el que permanece en la comunión con Dios, con su Hijo Jesucristo, con el Espíritu Santo y con los hermanos (la Iglesia) (*Id. 1, 3; 4, 13*). Pero podría surgir la pregunta: ¿cómo un cristiano puede saber que permanece en esta comunión? San Juan responde estableciendo algunos criterios:

- Dios es luz (*Id. 1, 5*). El que camina en la luz, permanece en esta comunión. Caminar en la luz implica rechazar la oscuridad (el pecado), y caminar en el amor.

- Dios es amor. *“El que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él”* (*Id. 4, 8; 4, 16*).

- Dios nos ha dado unos mandamientos. El que los cumple, permanece en comunión con Dios (*Id. 2, 3-5; 5, 2-4*).

- Cristo es el Hijo de Dios (*id. 5, 5*). El que se confiesa cristiano pero niega esta verdad, es un mentiroso (*Id. 5, 10*).

- Cristo es nuestro abogado. Si pecamos, podemos conseguir el perdón, porque tenemos quién nos defienda (*Id. 2, 1*). Es decir, si nos separamos, podemos recobrar la comunión.

El núcleo de la carta parece ser la siguiente sección: *“Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros... Nosotros amemos (a Dios), porque él nos amó primero. Si alguno dice: “Amo a Dios” y aborrece a su hermano, es un mentiroso, pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: Quien ama a Dios ame también a su hermano...”* (*Id. 4, 7-21*).

El apóstol desciende a la realidad y utiliza un lenguaje sencillo. Para él, el amor a los hermanos es el centro; pero, la razón es *porque* Dios nos ha amado primero. La carta termina con una frase muy llamativa y siempre actual: *“Hijos míos, guardaos de los ídolos”*. Es posible que literalmente se refiera al culto al emperador, pero no hay que descartar otras interpretaciones. En la vida, el cristiano se encontrará con otros “ídolos” no menos perniciosos, que le tientan continuamente: el poder, el dinero, los puestos de honor, el egoísmo, la

comodidad, la rutina, la pereza, etc. El comentario de san Agustín discurre en la misma dirección, pero teniendo en cuenta los problemas de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo.

En el prólogo, se encuentra la explicación del porqué de este comentario. Estaban celebrando la semana de Pascua, un tiempo de gozo. Por este motivo desea predicar sobre un tema *alegre*. Pero la razón principal de escoger esta Carta de san Juan es porque toda ella habla del *amor*. En los diez sermones, hace notar repetidamente, que el tema que san Juan recomienda en dicha carta es el amor: aunque parezca que habla de otra cosa, siempre vuelve al tema del amor (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan*, 5, 7). También es digno de resaltar las continuas llamadas al interior. El amor es un tema profundo; por eso, es importante discernir: saber si es o no auténtico (*Id.* 5, 6; 6, 2-4; 8, 9, etc.).

En uno de los sermones, hace una observación sobre los términos dilección (“*dilectio*”) y amor (“*amor*”). El primero, dice, se suele usar cuando se refiere a un amor que indica benevolencia, el amor en grado elevado; el segundo se refiere más al amor humano (*Id.* 8, 5). Pero no siempre se atiene a esta aclaración. Todo el comentario está centrado en el amor (“dilección”). Por eso, se podía afirmar que la exposición que hace Agustín es toda ella un canto al amor (fraterno). Un amor que es el lazo de unión con Dios, con Cristo, con el Espíritu Santo y con la Iglesia. Y también, el núcleo de convivencia y fraternidad universal.

La carta de san Juan y el comentario de san Agustín son dos escritos muy actuales. Aunque existan algunos problemas nuevos, como los relacionados con la técnica, otros muchos, sin embargo, siguen siendo los mismos o parecidos a los de antaño: la libre interpretación de la Palabra de Dios, el tratar de justificarlo todo, el divorcio entre la fe y la vida, el olvido de los principios y valores fundamentales, etc.

Por mencionar uno muy actual, pero de consecuencias muy graves, señalaría la *globalización*. La que se trata de imponer tiene unas bases muy frágiles (persona – objeto, consumismo, etc.) y aumentaría la distancia entre ricos y pobres, la explotación e incluso “esclavitud” de muchas personas. Éstas estarían cada vez más a merced del consumo y la eficacia. Como ha dicho alguien: cuando el hombre se hace más rico, disminuye su sensibilidad y preocupación por los necesitados.

La globalización que debe poner en práctica el cristiano es la que se fundamenta en los valores cristianos, sobre todo el amor y la fraternidad universal. El plan de Dios, el mandamiento nuevo, el amor como centro de comunión son ya de por sí globalizaciones. Sobre éstas se debe construir la económica y la tecnológica. “*La Iglesia tiene que dar hoy un gran paso adelante en su evangelización; debe entrar en una nueva etapa histórica de su dinamismo misionero*” (*Los fieles laicos* 35). Esta nueva etapa debería caracterizarse por la vivencia y anuncio de la “civilización del amor”: “*A la crisis de civilización hay que responder con la civilización del amor, fundada sobre valores universales de paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización*” (*Ante el tercer milenio* 52)

San Agustín habla de la “anchura del amor” (*Sermón* 163, 1; 165, 4; 358, 4, etc.). Hoy se podría traducir por la “globalización del amor”. En el amor cabemos todos. Por eso, las puertas del amor (del corazón) hay que mantenerlas siempre abiertas; de lo contrario corremos el riesgo de asfixiarnos.

No hay nada más global que el amor. Lo que tenemos que hacer es avivarlo. Es el objetivo que se proponía san Agustín. Lo explicaba de una manera sencilla: somos caminantes, peregrinos; nuestra patria es el cielo. En nuestro caminar, encontraremos muchas cosas que tenemos que dejar para los que vienen detrás. Hay otras que tenemos que adquirir y llevar con nosotros si queremos llegar al final. Estas cosas se reducen al amor a Dios y al prójimo. Nadie puede quitárnoslas contra nuestra voluntad. Además, son las que nos proporcionan la verdadera seguridad y los recursos para compartir con los demás. Las otras, las materiales, producen deleite, pero también pueden ser causa de muchos males. Agustín termina animando al oyente a “levantar la voz contra los que proponen tales deleites” (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* 10, 6); es decir, contra los que proponen una “globalización” exclusivamente económica.

PARA EL DIÁLOGO

- Si el amor es lo principal de nuestra vida, ¿por qué escasea tanto?
- Del 1 al 10, ¿qué calificación darías a tu amor fraterno?
- ¿Por qué muchos se oponen a la globalización?

II. EL AMOR, FUENTE INAGOTABLE

San Agustín, cuando habla de la perfección lo hace partiendo de la unidad. No entiende las virtudes o valores como árboles de un bosque, sino más bien como ramas de un solo árbol que se manifiesta de diversas formas. Lo hace hasta el punto de afirmar que “el amor es el que ora, el amor es el que busca, el amor es el que llama, el amor es el que encuentra, el amor es el que permanece” (*Las costumbres de la Iglesia católica* 1, 17, 31).

De esta afirmación se concluye que en la definición de las virtudes y valores, y de lo que forma parte de la vida del cristiano, entra el amor; todo está relacionado con el amor. Y en el fondo, con Dios, porque hablar del amor verdadero es hablar de Dios. En el comentario a la primera Carta de san Juan se encuentran muchos ejemplos:

1. LA ORACIÓN

En realidad, “es el amor el que ora” (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* 6, 8). Aquel en el que exista la raíz del amor conseguirá de Dios todo lo que pida (*Id.* 6, 4). Pero Agustín se da cuenta del problema: pedimos muchas cosas que no recibimos, ¿será porque no amamos? Y responde: no. Dios, añade, no nos escucha siempre en nuestros deseos, pero sí en orden a la salvación. Y pone el ejemplo de san Pablo a quien Dios no le concedió lo que pedía (*2 Corintios* 12, 9) y el ejemplo del médico: te da todo lo que te ayude a recuperar la salud, pero te niega lo que pueda empeorarte (*Tratado sobre la primera Carta de San Juan* 6, 7; 6, 8). La respuesta es que hay que aprender a pedir. Hay que hacerlo como el enfermo al médico: dile la enfermedad; el médico se encargará de hacer todo lo posible para que recuperes la salud. Tú, preocúpate de amar; Dios sabe de lo que tienes necesidad. Que pida el amor y ahí estarán presentes los oídos de Dios. Quizá no te conceda lo que tú quieres, pero sí lo que te conviene (*Id.* 6, 8).

2. LA HUMILDAD

La humildad consiste en reconocer lo que somos y comportarnos como tales ante Dios y ante los hombres. Al reconocer lo que somos, habita en nosotros la verdad, que es luz. También la humildad está enraizada en el amor. De ahí su valor, pues hace más fuerte al amor (*Id.* 1, 6). Pero la humildad no es sólo una virtud de principio que nos invite a mirar hacia dentro, a la raíz de los valores, hacia la gratuidad. Nos invita también a mirar hacia adelante, porque, siendo humildes, somos guiados por Dios (*Id.* 7, 2). De este modo, la humildad resume la doctrina de la interioridad: mirar hacia dentro para ser iluminados, y con esa luz ver mejor en la vida y alumbrar a los demás.

3. LA LIBERTAD

La libertad, en sentido cristiano, está unida al amor. La libertad es *liberación*; espiritual siempre, y a veces también corporal (*Id.* 8, 7). La iniquidad oprime, mientras la *bondad* (el amor) libera y produce alegría (*Id.* 1, 5). El amor libera de muchas preocupaciones porque nos “obliga” a dar lo superfluo a los necesitados (*Id.* 6, 1). La libertad auténtica está dirigida por y hacia el amor fraterno. Por eso, donde hay amor no hay estrecheces; todo es *anchura* (*Id.* 10, 6). Esta libertad la adquirimos en el *bautismo* (nacimiento). En él entramos siervos y salimos libres, entramos envejecidos y salimos rejuvenecidos (*Id.* 1, 5). Por último, la libertad como el amor, no es vejez. Nos hacemos mejores o peores queriendo (*Id.* 4, 7). En el amor, solamente se crece o se disminuye queriendo (*Id.* 3, 1). Por eso, la libertad supone un *orden* y una *obediencia* (*Id.* 8, 7).

4. EL TRABAJO

También el trabajo tiene que ver con el amor. Es conocida la frase de san Agustín: “El que ama no siente el trabajo; cualquier trabajo es pesado para el que no ama” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 48, 1). En el comentario a la primera carta del apóstol, repite el mismo pensamiento: lo que produce trabajo, fatiga y preocupaciones es lo que no debemos amar. Por ejemplo, la avaricia. Quizá conseguiste muchas riquezas, pero perdiste la tranquilidad; adquiriste oro, pero perdiste el sueño. Son las consecuencias que trae consigo la avaricia. Sin embargo, a Dios nadie le ama con fatiga. Él te dice: ámame. Para llegar a mí no tienes que recurrir a ningún intermediario ni tienes que abandonar a nadie. No hay cosa más dulce que este amor (cf. *Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* 10, 4). A los que este amor rechaza es a los perezosos (*Id.* 9, 1).

5. LA ALEGRÍA

Es uno de los propósitos del comentario de san Agustín. Pero aquí, me refiero a que el amor produce gozo y alegría. Hoy día no hablamos mucho del gozo y de la alegría de Dios; pero el evangelio sí lo hace (*Id.* 8, 14). San Juan dice que fue “*testigo*” y anuncia lo que “*vio y oyó*”. Y comenta san Agustín: “Nosotros hemos oído pero no hemos visto. ¿Somos acaso menos felices

que ellos, que le vieron y oyeron?” No, porque somos “socios”, pues tenemos en común la fe. Cuando el amor sea pleno, el gozo será también pleno (*Id.* 1, 3). Donde no hay amor, tampoco hay alegría (*Id.* 9, 1).

6. LA SALVACIÓN

No hay salvación a no ser en la comunión con Dios (*Id.* 1, 5). Dios es luz; luego para salvarse hay que ser luz. Lo mismo hay que afirmar del amor. Lo que salva no es la ciencia, sino la caridad (*Id.* 2, 8). Tener la raíz de la caridad es garantía de salvación (*Id.* 2, 9). Teniendo la caridad, ni las alabanzas de los hombres te elevan al cielo, ni sus reproches te harán bajar de él; sólo el amor conduce a la vida (*Id.* 6, 3). Precisamente, una de las pruebas de que amamos de verdad a los hermanos es si en ese amor buscamos sólo su salvación (*Id.* 6, 4).

7. EL APOSTOLADO

Después de encarecer, como san Juan, el amor, Agustín hace una exhortación a poseerlo y extenderlo. No tenemos, dice, que pagar nada. Es gratis. “Tenedlo, abrazadlo. Nada hay más dulce que el amor. Si es así cuando se hace mención de él, ¿cómo será cuando se posee?” (*Id.* 7, 10). De un modo especial exhorta a practicar la caridad fraterna o amor a los hermanos. El amor no puede casarse con la pereza “No amo a los perezosos”, sermoneaba Agustín a los fieles (*Id.* 9, 1). El amor es vida, es actividad, es fuego, tiende siempre a crecer. La Iglesia está extendida por todo el mundo; por eso, tu amor debe abarcar a todos (*Id.* 10, 10). Si de verdad amas a Cristo, extiende su amor por todo el mundo. No te contentes con amar a tus familiares, a los que están cerca de ti. “Prolonga tu amor hasta los desconocidos. Deja atrás también a éstos y llega hasta los enemigos”.

Al afirmar Agustín que el amor es como el fuego, quiere decir que prefiere el apostolado por contagio: “quemar” primero a los más cercanos y luego ir extendiéndose hasta los que están más lejos. Estos serían los pasos o la trayectoria: uno mismo, familiares, amigos, conocidos, desconocidos, enemigos, todos (*Id.* 8, 4). Es la “globalización del amor”

8. LOS SACRAMENTOS

Lo ideal es la unión entre el amor, la Palabra de Dios y los Sacramentos. Dicha unión es necesaria para crecer (*Id.* 3, 1). Los sacramentos “*pueden*” recibirlos también los malos; hasta pueden llamarse cristianos. Lo que no pueden es “ser malos y tener la caridad” (*Id.* 7, 6). En este sentido, los sacramentos, sin el amor, pueden conducirnos a la condenación (*Id.* 2, 9).

9. LA CORRECCIÓN

El amor es de por sí activo. No se puede guardar como si se tratara de algo pasivo, sin vida. Necesariamente tiende a crecer. La mejor forma de conservarlo es ejercitándolo; pero siguiendo el camino correcto. Aquí nace la necesidad de la corrección y hasta del castigo. El padre que consiente todo a su hijo y que le permite caminar en la dirección equivocada, no le ama. Ese

comportamiento, más que de amor es prueba de abandono y descuido (*Id.* 7, 11).

En realidad el que corrige es el amor. El que ama de verdad no hace mal a nadie. Algunas veces, llega a castigar; pero lo hace por amor. Es extraño, pero a veces, el odio se muestra condescendiente mientras el amor es exigente (*Id.* 10, 7). Es en este contexto que se encuentra la famosa frase “ama y haz lo que quieras”: “La bondad de las acciones de los hombres sólo se discierne examinando si proceden de la raíz del amor. En efecto, pueden realizarse muchas que poseen una apariencia de bondad, pero no proceden de la raíz del amor; también las espinas tienen flores. Otras acciones, por el contrario, parecen duras e inhumanas, pero se llevan a cabo para imponer la disciplina bajo el dictado del amor. Así, pues, de una vez se te da este breve precepto: **ama y haz lo que quieras**; si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Existe dentro de ti la raíz del amor; de dicha raíz no puede brotar sino el bien” (*Id.* 7, 8).

10. LA PEREGRINACIÓN

Estamos en camino. O mejor, participando en una carrera hacia la patria. Dios nos ayuda porque quiere que lleguemos (*Id.* 1, 5); por eso, nos interesa continuar en la carrera (*Id.* 4, 7), hasta llegar a la meta: la unión con Dios (*id.* 10, 5).

El amor es lo que nos impulsa a correr y lo que nos mantiene en la carrera. El que ama corre amando y ama corriendo (*Ib.* 9, 9). A veces, la carrera se hace difícil. Para los que buscan la patria o corren hacia ella, este mundo es como el desierto para el pueblo de Israel. Andaba errante, pero no extraviado. Dios los ejercitaba. Su “camino” era la ley del Señor (*Id.* 7, 1). El “camino de la justicia”, el “camino del amor” y el “camino del Señor” es el mismo camino (*Id.* 1, 9).

Nosotros tenemos el ejemplo de Cristo. Aunque subió al cielo, habita en los hermanos y sigue peregrino. Está en el cielo y desde allí habla, porque sus miembros son pisados en la tierra (*Id.* 10, 9). De ahí el consejo: “No nos apartemos del camino; mantengámonos en la unidad de la Iglesia, tengamos a Cristo, tengamos el amor” (*Id.* 9, 11).

11. LA SANTIDAD

Si los valores tienen por fuente el amor, los santos lo tienen también como fuerza principal. Ella los guía y los impulsa hacia la meta que es Dios. Los santos son como “prolongación” de Cristo y actúan desde el amor y por amor. Son la mejor representación del amor de Dios a los hombres.

En el comentario a la primera Carta de san Juan hace alusión a los mártires y a la Virgen María. Es de sobra conocida la afirmación de san Agustín, que “al mártir no le hace la pena sino la causa” (el amor). Y sobre la Virgen María, ha dicho que es *la llena de amor*.

“Los mártires son los testigos de Dios. Dios quiso tener a los hombres por testigos, para que también ellos tengan por testigo a Dios”. Son los amigos de Dios, los testigos del amor de Dios (*Id.* 1, 2).

Y en el mismo número habla de la Virgen María. Está comentando la afirmación de Juan: “*Vimos y somos testigos*”. El Verbo no puede ser visto por ojos corporales, pero al hacerse hombre al tomar la carne, se hizo visible. Y ¿quién proporcionó la carne, el cuerpo? La Virgen María: “El tálamo de aquel esposo fue el seno de la Virgen, porque en aquel seno virginal se unieron los dos, el esposo y la esposa, es decir, el Verbo y la carne... Y a esta carne se une la Iglesia, dando como resultado el Cristo total, cabeza y cuerpo” (*Id.* 1, 2). María está en el punto de unión entre la divinidad y la humanidad, y entre Cristo y la Iglesia. Nadie mejor que ella para servirnos de modelo y de ejemplo en el seguimiento de Jesús, en el amor como distintivo y en el amor como centro.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué significa vivir la fe en comunidad?
- ¿Cómo ves la obligación de corregir? ¿Y su práctica?
- ¿Conoces alguna interpretación errónea del “*ama y haz lo que quieras*”?
- ¿Te parece correcta la comparación de que la oración y la acción son como las dos alas de un pájaro?

EL AMOR, RÍO CAUDALOSO

En el apartado anterior, el amor fuente inagotable, tratábamos de desarrollar la idea de que el amor (auténtico) es como una fuente de la que mana todo lo bueno. En este último, vamos a intentar exponer la misma idea, pero a la inversa: cómo cualquier tema que investiguemos nos conduce al amor; como los afluentes al río principal. Es la otra cara de la “civilización” y “globalización” del amor.

1. QUÉ ES EL AMOR

Agustín es un buscador. Aunque se da cuenta de que el amor es un misterio, él sigue investigando. Sabe que es algo indefinible, como Dios. Pero también conoce y pone en práctica la máxima evangélica de “*el que busca halla*”. Como resultado, en su comentario a la primera Carta de san Juan se encuentran algunas aproximaciones o hallazgos de su búsqueda:

- el amor es *vida* (*Id.* 5, 10); el que no ama está como muerto.
- es “*unción*” (*Id.* 6, 12); es como aceite que suaviza las actitudes y actuaciones de la persona.
- es la “*perla preciosa*” que buscaba el comerciante del evangelio (*Id.* 5, 7; 5, 8).
- es como el “*agua*” (*Id.* 7, 1); vida y limpieza.
- es como un “*árbol*” (*Id.* 2, 8; 5, 10); hermosura y fecundidad.
- dulce “*palabra*”, pero más dulce “*realidad*” (*Id.* 8, 1). El amor es, ante todo, algo que se nota en la vida.

En algunas comparaciones se detiene más. Por ejemplo:

- *fuentes*. Este mundo es como un desierto. “Si no queréis morir de sed, bebed la caridad. Es la fuente que Dios quiso colocar aquí para que no perezcamos en el camino. En ella beberemos con más abundancia

cuando lleguemos a la patria” (*Id.* 7, 1). El Espíritu Santo es la fuente del amor; por Él, es derramado en nuestros corazones (*Id.* 7, 6).

- *raíz*. “Estar enraizados y fundados en la caridad” es una afirmación de san Pablo (*Carta a los Efesios* 3, 17). De ella saca abundante doctrina san Agustín. El amor es como una semilla. No se puede sembrar entre la maleza (el amor del mundo), porque no echaría raíces. Antes hay que dejar el campo limpio (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan* 2, 9). La raíz no sólo alimenta a la planta; también la sostiene y da solidez. Por eso el mismo árbol la cuida y la “*esconde*”. Así es el amor (*Id.* 3, 12). Pero, ¿cómo se distinguen los frutos? Por la intención: “Considerad en vuestro interior cuán semejantes son las obras que hace la soberbia y las que hace la caridad; son casi iguales. La caridad da de comer al hambriento; también la soberbia... La caridad viste al desnudo; también la soberbia. Ayuna la caridad; la soberbia también... Pregunta a tu conciencia. No pongas tus ojos en lo que florece fuera, sino en la raíz que está en la tierra. ¿Tiene por raíz cualquier apetencia mundana? La apariencia puede ser de buenas obras, pero no puede haber buenas obras. ¿Tiene por raíz la caridad? Estate tranquilo, de ella no puede salir nada malo” (*Id.* 8, 9; 6, 4; 10, 7).

- *madre*. “Llamo madre a la caridad”. Y madre muy “*solícita*” que se preocupa por todos (*Id.* 1, 11). Sobre esta preocupación habla más adelante refiriéndose a la división en la Iglesia causada por los donatistas: algunos se reparten la Iglesia y tratan de dividir la unidad en facciones; pero la caridad, como una madre que con dolor da a luz a sus hijos, rasga en cierto modo sus pechos y llora al ver que le arrebatan a sus hijos e invita a todos a unirse y a amar a Cristo (*Id.* 2, 4).

2. AMOR VERDADERO

La pregunta sobre el amor verdadero está incluida en la del amor simplemente. Cuando san Agustín pregunta ¿qué es el amor?, se refiere al amor verdadero. Aquí, se podría formular así: ¿cómo podemos saber que nuestro amor es verdadero? Ciertamente, no es fácil; y algunas veces tampoco posible.

Agustín, siguiendo el camino del evangelio, repite hasta la saciedad, que no debemos amar sólo con las palabras sino también con las obras, con la vida (*Id.* 3, 8; 6, 13; 6, 14; 7, 2; 8, 14); también a Dios hay que alabarle con la lengua y la conducta (*Id.* 8, 1). Agustín no concibe la separación de esos elementos en la vida, porque en la vida es donde hay que ser cristiano (*Id.* 4, 4; 10, 1). Serlo de nombre y no en la práctica, sería como llamarse médico y no curar, vigilante y estar dormido (*Id.* 4, 4).

Quizá la respuesta racional sea más fácil (*Id.* 6, 5), pero ¿en la realidad? Agustín responde que lo sabemos, si amamos a los hermanos, es decir, si nuestro amor produce buenos frutos (*Id.* 5, 10).

Pero, también por este camino permanecen dudas. Supongamos, dice, el siguiente hecho, citado anteriormente: la caridad alimenta al hambriento; también la soberbia lo hace (*Id.* 8, 9). ¿Cómo podemos saber que tal obra está hecha por la caridad o por la soberbia? Y responde: por el *motivo*: las obras de la caridad y de la soberbia se distinguen no por la flor, sino por la raíz (*Id.* 8, 9); la obra puede ser idéntica, pero el ánimo o motivo distinto (*Id.* 9, 6; 10, 1). El ánimo y la voluntad con que se hacen las cosas cuenta mucho; según la

intención, así los actos (*Id.* 7, 7): el Padre entregó al Hijo; también lo entregó Judas. ¿Dónde está la diferencia? En la voluntad, en el amor (*Id.* 7, 7).

Y en último término, la prueba de que nuestro amor es verdadero y de que lo que hacemos lo hacemos por amor, es Dios. Dios es el *testigo* que lo ve todo; el juez que corona las obras buenas (*Id.* 6, 3; 8, 9).

3. DIOS ES AMOR

Es una de las afirmaciones más luminosas de toda la Biblia. Agustín comenta así el texto de san Juan: “El amor es de Dios; y todo el que ama es de Dios y conoce a Dios; el que no ama no conoce a Dios” ¿Por qué? “Porque Dios es amor”. ¿Qué más puede decir, hermanos? Si nada se dijera en alabanza del amor en todas las páginas de esta carta, si nada en absoluto se dijese en toda la Escritura, y solamente oyésemos por boca del Espíritu Santo: “Dios es amor”, nada más deberíamos buscar” (*Id.* 7, 4).

Y más adelante, en el mismo sermón, un comentario práctico: “Tienes en qué pensar si quieres ver a Dios. “Dios es amor” ¿Qué rostro tiene el amor, qué pies, qué manos, qué estatura? Nadie puede decirlo. Sin embargo, tiene pies, pues ellos llevan hacia la Iglesia. Tiene manos; ellas socorren al necesitado. Tiene ojos, pues por ellos ve al indigente... Tiene oídos, de ellos dice el Señor: “El que tenga oídos para oír, que oiga”. No tiene miembros que ocupan lugares, pero el que tiene amor lo ve todo a un tiempo con el entendimiento. Habita en el amor y él habitará en ti; permanece en él y él permanecerá en ti” (*Id.* 7, 10).

Y en otro sermón: “No sé cómo se nos podría recomendar con mayor sublimidad el amor que diciendo: “Dios es amor”. Breve, pero excelsa alabanza; breve en palabras, excelsa en contenido. ¡Qué pronto se dice “Dios es amor”! Pero esto que es breve, si lo cuentas, es uno; si lo pesas, imponderable... Sea Dios tu casa, y tú la casa de Dios. Mora en Dios, y Dios morará en ti” (*Id.* 9, 1).

4. CRISTO, EL ÚNICO CENTRO Y MODELO

En el amor, y en todo lo que forma parte del modo de vida cristiano, el centro y modelo de referencia es Cristo. En su lugar no se encuentra nadie ni se puede colocar a nadie, por mucho que se ame. Tanto es así que dice san Juan: “*Si pecamos, tenemos un abogado ante el Padre*”. Y comenta san Agustín: “No dijo “tenéis”, ni “me tenéis a mí”, ni “tenéis a Cristo”, sino que presentó a Cristo, no a sí mismo, y no escribió “tenéis”, sino “tenemos”. Prefirió contarse en el número de los pecadores, para tener por abogado a Cristo” (*Id.* 1, 8). Es también la observación que hace al comentar las palabras de Jesús a Pedro: “apacienta mis ovejas”: no dijo “tus” ovejas, sino “mis” ovejas”.

Y lo que movió a Cristo en todo lo que hizo y dijo, fue el amor. Vino por amor (*Id.* 7, 2). Vino para congregar; el hereje, lo que hace es dividir (*Id.* 6, 13; 6, 14).

Cristo es el *centro*. En uno de los sermones presenta la imagen de Cristo sentado en nuestra mente como en un trono; las virtudes como “*ministros*” (sus ejércitos); por ellas se mueven los miembros exteriores (se hacen las obras de

misericordia (*Id.* 8, 1). Y en otro, le presenta como *emperador* (el amor - emperador) (*Id.* 8, 3) ¿Cómo puedes decir que amas a Dios si odias al hermano? ¿Cómo puedes decir que amas al emperador si no cumples sus leyes? (*Id.* 9, 11). Porque la fe se demuestra cumpliendo los mandamientos (*Id.* 9, 1).

Cristo es también “*el camino*”: “Por él corres, hacia él corres, en él descansas...se alargó el camino hasta los peregrinos... Tenemos que correr pero dentro del camino. Quien corre fuera del camino, corre en vano; es más, corre para mayor cansancio. Y cuanto más corre, más se aleja” (*Id.* 10, 1).

5. UNIDAD – COMUNIÓN

El amor es el agente constructor de la unidad y de la comunión. Es lo que une en la fraternidad (*Id.* 1, 12). Si amamos a los hermanos no estamos en tinieblas. ¿Cómo lo probamos? Porque no rompemos la unidad, ya que retenemos la caridad (*Id.* 2, 3). Agustín se está refiriendo a la Iglesia. Para él, la unidad es algo sagrado. Dividen la unidad los que no tienen la caridad (*Id.* 6, 2; 6, 13). La caridad es signo de unidad (*Id.* 6, 10).

Uno de los aspectos que más insiste es muy importante hoy día: la unión entre Cristo y la Iglesia. Apartarse de la Iglesia es apartarse de Cristo (*Id.* 1, 12). Los miembros de Cristo forman la “*Iglesia de Dios*”; si amamos a Cristo, tenemos que amar también a la Iglesia (*Id.* 10, 3). Cristo y la Iglesia, Cristo y sus miembros es el “Cristo total” (*Id.* 1, 2). Agustín sigue sacando conclusiones: el que divide la Iglesia de Dios no permanece en la comunión con Dios; estar en el “*todo*” es estar en comunión con Dios, estar en una “*parte*” es división, herejía (*Id.* 1, 8). El que ama al Padre, ama al Hijo y ama a los hijos de Dios (los miembros de Cristo) (*Id.* 10, 3).

6. SEGURIDAD

Todos buscamos seguridad. Pero hay una seguridad falsa que es el origen de muchas preocupaciones; es la seguridad del pecador (*Id.* 1, 7). La auténtica es la que nos da el amor, porque viene de Dios. El amor nos da la libertad; de siervos nos hace libres y más seguros, porque caminamos en su luz y estamos en comunión con él (*Id.* 1, 5). El amor hace que Dios habite en nosotros. Y esto nos proporciona seguridad. “*Dios es amor, y quien permanece en el amor, habita en Dios, y Dios en él*”, dice san Juan. Y comenta Agustín: “Habitan uno en el otro, el que contiene y el contenido. Habitas en Dios, pero para ser contenido; Dios habita en ti, pero te contiene para que no caigas. No pienses que has sido hecho casa de Dios al modo como tu casa lleva tu cuerpo; si se destruye la casa en la que estás, caes; pero, si tú te retiras, Dios no cae. Cuando tú te apartas, él queda intacto; e intacto está cuando vuelves a él” (*Id.* 8, 14).

7. CRECIMIENTO

Agustín afirma con claridad que el amor es de por sí activo y que sigue un proceso ascendente. Al nacer no es perfecto, pero nace tendiendo hacia la perfección. Una vez que ha nacido, hay que alimentarlo para que vaya

creciendo y fortaleciéndose (*Id.* 5, 4). El comienzo no es fácil. El amor se nos da como semilla. Por eso, lo primero que hay que hacer es preparar la tierra, arrancar las malas hierbas, para que pueda germinar y echar raíces (*Id.* 2, 9).

Y ¿cómo se nutre? Con el alimento apropiado, es decir, con la palabra de Dios y con la ayuda a los hermanos (*Id.* 5, 12; 6, 1). Cuando comienzas a amar, Dios comienza a habitar en ti; comienzas también la carrera hacia la perfección (*Id.* 8, 12). El amor es también la meta hacia la que corremos (*Id.* 10, 4).

A la pregunta de cómo uno puede comprobar el crecimiento de su amor, Agustín responde: por la *confianza* que pone en Dios; el amor será tanto más fuerte cuanto más sea la confianza en Dios; cuanto más sea la cercanía. Por la *oración*; si cuando oras temes ser escuchado, es que no le amas. Por la *aceptación* de la muerte; si la aceptas con serenidad y paciencia, como voluntad de Dios (*Id.* 9, 2). Por el *temor*; a menos temor más amor; el temor es medicina, mientras que el amor es salud (*Id.* 9, 4).

Y ¿cuándo llega el amor a su perfección? Cuando se está dispuesto a entregar la vida por los hermanos (*Id.* 5, 4; 5, 11; 5, 12; 6, 1). Cuando amamos a los enemigos para que se conviertan en hermanos (*Id.* 1, 9; 10, 7). Cuando podamos decir con san Pablo: “*Para mí vivir es Cristo*” (*Ib.* 5, 4).

8. AMOR FRATERNAL

Pero la dimensión en la que Agustín se detiene y abunda en detalles es en el amor al hermano, demostrado con obras. De otra manera, cualquier pagano podría decirte: te llamas cristiano, pero ¿de qué te aprovecha el nombre si no lo eres en la realidad? (*Id.* 5, 12). Si das algo, aunque sólo sea de lo que te sobra, el amor comenzará a crecer en ti. Si no das ni eso, es que el amor no ha nacido en ti (*Id.* 5, 12; 6, 1).

¿Qué sucede cuando no tienes nada para dar? “Al que ama le basta la benevolencia sola. No debemos desear que haya pordioseros para ejercer con ellos las obras de misericordia. Das pan al hambriento, pero mejor sería que nadie tuviera hambre, y así no darías a nadie de comer. Vistes al desnudo; ¡ojalá tuvieran todos vestido y no existiera tal necesidad!... Todos estos servicios se deben a los necesitados. Quita los indigentes y cesarán las obras de misericordia. Pero, ¿acaso se apagará el fuego de la caridad? Más auténtico es el amor que muestras a un hombre no necesitado a quien nada tienes que dar; más puro es ese amor y mucho más sincero. Porque, si das al indigente, quizá anhelas elevarte frente a él, y quieres que se te someta porque él es el receptor de tu beneficio” (*Id.* 8, 5).

9. AMOR A LOS ENEMIGOS

Agustín, como san Juan, insiste en la necesidad de amar a los enemigos; pero sin olvidarse de los hermanos. Hay que amar a los enemigos con el fin de que sean hermanos. No amar a los enemigos es malo; pero, es peor odiar a los hermanos (*Id.* 1, 11). De ahí, las duras palabras del apóstol: “*el que odia a su hermano es un homicida*”.

Para Agustín los enemigos son como el “*bisturi*” de Dios. Se sirve de ellos para curarnos (*Id.* 8, 11; 9, 4). El amor a los enemigos está justificado por varias razones:

El amor no tiene límites, abarca a todos los seres humanos. Cuando se le ponen límites, se le divide y la división trae la separación (*Id.* 10, 8). Agustín está pensando en los donatistas (que dividen la Iglesia). De ahí aquella comparación: querer a Cristo y no a la Iglesia es como querer besar a Cristo en la cara, pero pisándole los pies. ¡Que me pises los pies, cómo puede gustarme tu beso en la cara! (*Ib.*). Y también aquella otra expresión (refiriéndose a los que dividen la Iglesia): la espada de la lengua puede hacer más daño que la espada de hierro (*Id.* 10, 10). Afirmación que se podía aplicar también a las murmuraciones, quejas contra Dios y contra los hermanos.

El amor es indivisible. Con el mismo amor que amamos a los hermanos, amamos a los enemigos (*Id.* 8, 10). La diferencia está en el motivo, porque al enemigo le amamos para que sea hermano (*Ib.*). Y pone el ejemplo del carpintero: un buen carpintero al ver un tronco de roble, lo ama, pero no como es, sino como lo ve en su mente, es decir, la obra que puede sacar de él. También el ejemplo del médico. Éste no ama al enfermo como enfermo; si lo amase así, querría que permaneciera siempre enfermo (*Id.* 8, 11). Así debemos nosotros amar a los enemigos: “Si al amar a tu enemigo deseas que sea tu hermano, amándole, amas a tu hermano. Pues no amas en él lo que es, sino lo que quieres que sea” (*Id.* 8, 10).

Esto es lo que más recomienda el apóstol san Juan: “No ha cesado de mencionar la caridad fraterna; en cambio, la caridad de Dios, es decir, aquella con que debemos amar a Dios no la ha mencionado con tanta frecuencia, aunque no se puede afirmar que la haya silenciado totalmente. Sobre la caridad hacia los enemigos no habló casi nada en toda la carta. Y cuando nos ordena con tanta vehemencia y nos recomienda la caridad no nos dice que amemos a los enemigos, sino que amemos a los hermanos” (*Id.* 8, 4). Lo que Agustín intenta explicar es que el amor es indivisible y para el que ama de verdad todos son hermanos; ama a todos como hermanos o para que lo sean. De ahí que exista un orden, pero no un límite. “El que llega hasta los enemigos no pasa más allá de los hermanos. Es necesario que, como fuego, primero se apodere de los que están más cerca y después se vaya extendiendo poco a poco a los que están más lejos... Extiende el amor a los próximos, aunque quizá no pueda hablarse de extender. Pues cuando amas a aquellos que son uno contigo es casi lo mismo que amarte a ti. Extiende tu amor a los desconocidos que no te han hecho ningún mal. Y llega hasta los enemigos. Es lo que manda el Señor” (*Id.* 8, 4).

10. EL PECADO

La falta de amor no sólo es pecado, sino la raíz de todos los pecados (*Id.* 5, 2). Dios es luz; el pecado es oscuridad. El amor rejuvenece; el pecado envejece. El amor produce seguridad; el pecado inseguridad y tristeza (*Id.* 1, 5). Comenta ampliamente la frase de san Juan de que no amemos al mundo, entendiendo por mundo los amadores del mal. El que ama al mundo no ama al hermano (*Id.* 5, 9); el que odia a su hermano es homicida (*Id.* 5, 10). Pecar contra el hombre es pecar contra Dios (*Id.* 7, 5). Habla de cómo se “viola la

caridad”, no creyendo en Cristo, el médico que puede curar al pecador (*Id.* 6, 5; 7, 2; 8, 11). Por lo que al pecado se refiere, lo mismo que a la enfermedad, es mejor prevenir que curar (*Id.* 1, 7).

Habla también de cómo el pecador “huye de Dios” (*Id.* 6, 3), en lugar de acercarse a él, porque el amor (la caridad) es lo que perdona (*Id.* 7, 1; 1, 6). ¿Quieres que Dios no te condene a ti? Condena tú tus pecados (*Id.* 1, 6-7). Por lo que se refiere a los pecados específicos, menciona la envidia y la soberbia. Donde hay envidia no hay amor fraterno (*Id.* 5, 8). Y la soberbia, citando a san Pablo, es la raíz de todos los males (*Id.* 8, 6). En el sermón tercero, aparece una lista de pecadores: perjuros, defraudadores, hechiceros, consultores de adivinos, adúlteros, borrachos, usureros, traficantes de esclavos, etc. (*Id.* 3, 9).

11. ORDEN DEL AMOR

El amor, aunque es indivisible, guarda un orden en el ejercicio y con relación al objeto del amor. El primer lugar es siempre para Dios. Olvidar este comienzo es caminar fuera del camino correcto (*Id.* 8, 2). El orden es éste: Dios, el hombre, los animales, las cosas. Si guardamos este orden, si obedecemos a Dios, lo que nos es inferior nos obedecerá a nosotros (*Id.* 8, 7). “Si quieres ser ordenado, ama ordenadamente. Da a cada cosa su valor” (*Sermón 65A, 8*). En el orden del amor, el principio es sencillo: igualdad de personas, desigualdad de puestos y oficios (*Tratado sobre la Primera Carta de San Juan 8, 5*).

12. VALOR DEL AMOR

¿Cuánto vale el amor? Según Agustín, el amor es la “perla preciosa”, que todos andamos buscando. Es el tesoro más valioso que podemos poseer. Si yo, dice el Obispo de Hipona, os mostrara una vasija dorada y bien trabajada, seguramente excluiríais: ¡oh si yo tuviera esa joya! Con todo, lo diríais inútilmente pues la única forma de conseguirla sería robándola. Pues yo os hablo de otra joya que podéis poseer sin necesidad de robar. Es la más valiosa; es el amor (*Id.* 8, 10).

Tanto vale el amor que, por él solo se distinguen las obras de los hombres (*Id.* 7, 7; 7, 8; 5, 7). Y también los hombres: ¿Quieres saber cómo eres? Pregunta a tu amor, examínalo. ¿Amas la tierra (el dinero, el placer, las comodidades...)? ¿Amas a Dios? Eres lo que amas (*Id.* 2, 14).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Cómo ves la conexión entre Cristo y la Iglesia?
- ¿Cómo ves la unidad dentro de la Iglesia?
- ¿Por qué y para qué tenemos que amar a los enemigos?
- ¿Por qué es tan importante el crecimiento del amor?

PARA ORAR CON SAN AGUSTÍN

Tú, Señor, nos llamas,
y por eso te invocamos;
nosotros te escuchamos a ti que nos llamas;
escúchanos también Tú a nosotros

que te invocamos.
Llévanos hasta lo que prometiste,
concluye lo que comenzaste;
no dejes que se pierdan tus dones,
no te vayas de tu campo;
que tus semillas entren en tu granero.
Abundan las tentaciones en el mundo
pero mayor eres Tú, que hiciste el mundo;
abundan las tentaciones,
pero, no caerá quien ponga su esperanza
en aquel que no puede caer.
(Tratados sobre el Evangelio de San Juan 40, 10)